

MARES Y FRONTERAS

HECTOR CHARRY SAMPER

Ex embajador de Colombia en Venezuela

*Disertación en los "Martes del Planetario", Julio de 1997,
evento organizado por la Sociedad Geográfica de Colombia*

El país necesita volver a pensar muchas cosas que ha dado por ciertas, regresar a su origen, a la raíz.

En una etapa como esta, que es una especie de interregno histórico que aún no tiene nombre, los internacionalistas hablan de una etapa postbipolar, después de lo bipolar, pero con sentido de transitoriedad, de algo no definido.

Hay quienes piensan que este final del milenio se parece más a las postrimerías del siglo XVIII que al de la centuria pasada, por ejemplo e incluso se menciona una disgregación, como la de la edad media, claro que es un contexto hipermedieval.

El hecho concreto es que se está saliendo de un determinado tipo de orden bipolar: Los Estados Unidos y la Unión Soviética. Y que con la misteriosa implosión de la segunda, ha quedado una situación indefinida, en la cual se están realineando los Estados - Nación. Se está volviendo a dibujar un mapa internacional, de poder, y la tarea de las élites, o de las clases dirigentes de los países, consiste en imaginar escenarios posibles, para después del milenio. Hay una expectativa en la que se están delineando características del siglo XXI del que nos separan pocos días. Ciertamente no se va a acabar el mundo, como lo predicaban algunos milenaristas. Pero sí habrá cambios, con nuevos actores que ya están en juego.

A pesar de cierta incertidumbre, se sabe con certeza que cierto tipo de fronteras ha venido cambiando insensiblemente a nuestros ojos. Está modificando la noción misma de frontera que se entiende como una delimitación, demarcación o separación, pero a la vez, constituye una continuidad, una prolongación un acercamiento.

La noción de frontera que se ha tenido durante el sistema bipolar fue sobre todo, Este - Oeste. Ahora predomina la conocida como Norte - Sur. El norte se supone que es el industrializado, el desarrollado, el avanzado; y el sur, el atrasado, el subdesarrollado, el pobre. Esa gran frontera Norte - Sur es hoy la más grande e invisible que existe en el mundo, después del desaparecimiento la conocida bajo el nombre Este - Oeste, que simboliza una doble hegemonía.

Téngase bien en cuenta que el Norte y el Sur no son solamente una frontera entre países. Sino que el Norte entendido como el desarrollo y el Sur como el atraso, son dos figuras ficticias, que en principio no tienen porqué ser necesariamente así. Suráfrica es mucho más adelantada que países del norte de Africa. No son homogéneos. Esa no es una noción consistente, sino difusa. Yo recuerdo haber escuchado a Gémerék, uno de los pensadores polacos actuales más lúcidos. Decía en una conferencia en París, que a los polacos les había ocurrido una tragedia, y, en general a los

Europeos de la parte oriental. (seguimos con la frontera Europa oriental - Europa Occidental, frontera que viene desde la división del Imperio Romano). Decía Gémerek: "Nuestra tragedia fue que salimos a buscar el Occidente y nos encontramos con el Sur". Quizá le sucedió un poco lo que le pasó a Cristóbal Colón, que salió a buscar la India y para decepción suya nos encontró a nosotros. ¿Qué quiere decir eso de que los países del Este salieron en busca del Occidente y se encontraron con el Sur? Que descubrieron que estaban inmersos en el atraso, en la separación fronteriza global, del retraso comparativo.

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en sus informes ya no hablan de naciones más industrializadas o más desarrolladas. Hemos ingresado en otra era. Está agotada prácticamente, la segunda revolución industrial, del vapor, de la electricidad, del petróleo... se está entrando en una tercera revolución industrial, donde los parámetros de la riqueza se han modificado y se van a seguir modificando.

La tercera revolución industrial está basada en la información, en el conocimiento. Es la era de la informática y hay que aprestarse a competir sobre unas bases distintas, para las cuales Colombia no está suficientemente preparada.

¿Cómo nos vamos a insertar en esta tercera revolución industrial?.

¿Cómo nos vamos a insertar en la definición de las nuevas fronteras?

El concepto mismo de frontera es seductor, porque abarca las del conocimiento, las físicas, las intelectuales, las mentales.

Para saber cómo nos vamos a ubicar, vale la pena reflexionar un poco sobre ciertos aspectos que caracterizan la historia colombiana. Hay una especie de complejo medieval, derivado, probablemente de dos grandes frustraciones históricas: La ruptura de la Gran Colombia y la separación de Panamá.

En el subconsciente colombiano funciona este complejo que nos han marcado en nuestra posición internacional, en la actitud frente al mundo. También en nuestra posición frente al mar. Que es el enlace que deseo hacer en esta disquisición sobre mares y fronteras. Hemos vivido de frases rutilantes: Por ejemplo, "El privilegio de tener costas sobre los dos mares" de ser "La esquina oceánica", de que hablara el profesor Luis López de Mesa.

¿De qué nos ha servido tener costas sobre los dos mares; el privilegio de ser esquina oceánica? Acaso Colombia ha utilizado sus costas, sus mares, sus posibilidades geográficas privilegiadas para colocarse a la cabeza de América Latina, para ser una gran nación? No. Ahí entran en juego nuestras frustraciones históricas. La ruptura de la Gran Colombia fue, en el fondo, una ruptura del destino oceánico colombiano. No se puede olvidar que la visión bolivariana del Istmo de Panamá, era algo así como la visión del Istmo de Corinto para los Griegos. Los Griegos fundaron la primera talasocracia, la primera organización mundial en torno a un Estado marítimo.

Nuestra vocación marítima se frustró con la ruptura de la Gran Colombia y con la pérdida de Panamá. Se nos creó, insensiblemente un complejo frente al mar. Ello se refleja, para enfocar con el hecho de que pocos compatriotas identifican como fronteras las marítimas.

Si desprevenidamente se les pregunta cuales son las fronteras de Colombia, seguramente mencionarán a Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil y Panamá, pero difícilmente mencionarán nuestros mares. No tenemos la noción de frontera marítima en el vocabulario colombiano, equiparable a la noción de la frontera terrestre. Eso tiene implicaciones de diverso orden. Una batalla como la del

Golfo de Maracaibo es tan importante como la batalla de Boyacá para nuestra independencia. Pero en el imaginario histórico colombiano nunca ha tenido la batalla del Golfo de Maracaibo equivalencia con la batalla de Boyacá. Eso está unido con la ausencia de una concepción geopolítica del mar como frontera, como riqueza, como fundamento para la vertebración de las instituciones nacionales y de una política de presencia en el mundo.

El mar ha venido cambiando mucho, en las últimas décadas .

Recuerdo una frase del Primer Ministro Inglés, el señor Caning quien decía: "El mar separa unas naciones de otras y las une a otras con la Gran Bretaña". Es impecable desde el punto de vista de esa especie de talasocracia moderna que fue el Imperio Británico.

Algo que tenemos que hacer en Colombia es revisar a fondo nuestra política marítima. Colombia debe tener como aspiración convertirse en una potencia marítima intermedia utilizando el Mar Caribe y el Océano Pacífico a fondo, con las nuevas dimensiones que ya no están reducidas a las tradicionales de la navegación de la pesca y de las comunicaciones.

Se trata básicamente de conceptos sobre la explotabilidad del mar en materia pesquera y en el aprovechamiento de sus recursos, que hasta hace poco estaban fuera del alcance de los países por ausencia de tecnología. Como en el caso de la posibilidad inminente de la explotación de los nódulos polimetálicos, cuyos depósitos existentes principalmente en el Océano Pacífico son ricos en cobre, manganeso, cobalto y níquel, metales estratégicos y en cantidades que podrán cambiar las condiciones de los mercados. Para Colombia este último es de importancia comenzando por su industria del níquel.

¿Cómo tratar de convertir en un propósito nacional la política del mar?.

Creo que hay una oportunidad, en torno a la ratificación de la Convención del Mar de 1982, que entró en vigencia hace dos años y de la cual hace parte ya la gran mayoría de los Estados del mundo. Chile acaba de ratificarla lo cual es importante porque es nuestro socio en la Comisión Permanente del Pacífico del Sur. Porque es un país que ha sido abanderado en materia del mar. Fue en Santiago de Chile donde por primera vez se presentó la tesis de las 200 millas marítimas, que después se denominó territorialista, de acuerdo con la cual los Estados costeros tienen derecho a 200 millas de mar territorial. Ello fue sustentado por Chile, Ecuador y Perú. No fue apoyada inicialmente por Colombia porque no asistió a la Declaración de Santiago. Pero después hemos venido actuando activamente en el grupo del Pacífico Sur. Y nos coordinamos en la Conferencia del Mar que la aprobó, de otra manera con la Institucionalización de la Zona Económica Exclusiva de 200 millas.

La ratificación que acaba de hacer Chile de la Convención del Mar es una excelente noticia que podrá permitir dinamizar la Comisión Permanente del Pacífico Sur. Que es una organización muy útil, pero, que, precisamente por la falta de ratificación de la Convención del Mar, no ha podido hacer el tránsito de la Concertación de países, como es hasta ahora, a una organización de verdadera integración frente a los asuntos del mar.

Uno de los aspectos fundamentales de la Convención del Mar es, dentro del principio de la unidad de los espacios oceánicos, el criterio de actuación a través de organizaciones regionales y subregionales. Además, cuando se habla del Pacífico como el mar del siglo XXI que reemplazará al Atlántico y al Mediterráneo, que fue el centro de la civilización por largos años, Colombia tiene la posibilidad de utilizar la Comisión del Pacífico Sur como uno de los goznes para penetrar más al Pacífico en el contexto de una política marítima, integral. Aún subsisten en Colombia los

paralelismos, las desconexiones que impiden la unidad vertebral de una política marítima. ¡Si tenemos descuidadas las fronteras terrestres, qué decir de las fronteras marítimas!.

Yo fui Jefe de la Delegación a la Conferencia del Mar, y compartimos el esfuerzo de tratar de convertir el mar territorial de 200 millas (que fue rechazado por la comunidad internacional), en lo que se llama la zona económica exclusiva que tiene casi todas las características de la soberanía. Fue el resultado de una gran transacción entre los países costeros como Colombia que reclamábamos más espacios marítimos y las grandes potencias marítimas que a la sombra de la libertad del mar - del mar libre - como se decía en siglos pasados monopolizaban enormes espacios marinos. Así se pudo consagrar el llamado "Patrimonio común de la humanidad", es decir, la zona que se extiende más allá de las 200 millas de los mares territoriales de todos los países costeros del mundo, administrada por la autoridad, con sede en Jamaica.

Con la ratificación de la Convención del Mar se consolida un espacio fronterizo colombiano en el mar que equivale al de su tierra firme, más de un millón de kilómetros cuadrados en el que adquirimos deberes y derechos, para su explotación y su preservación.

No se trata de una adquisición simbólica; tiene que ser la oportunidad para poner en marcha lo que puede calificarse como una estrategia para convertirnos en una potencia marítima intermedia.

La situación del Caribe es distinta a la del Pacífico. El Caribe está poblado de naciones, mientras que el Pacífico está prácticamente desierto. Es una extensión casi ilímite que va hasta toparse con los países del Asia - Pacífico. Por razones misteriosas de la geología, los grandes depósitos de nódulos polimetálicos están allí y no en el Atlántico. Sobre todo alrededor de Hawai, de Fiji. En los años 80 ilusionaron mucho a los científicos y atemorizaron demasiado a los economistas. Se pronosticaba que en el momento en que entraran en explotación estos recursos, la suerte de los productores terrestres de minerales sería incierta. Por eso en la Conferencia nos asociamos los productores reales y los potenciales de minerales terrestres como el níquel, el cobre, el manganeso, el cobalto para obtener en la Convención una serie de cláusulas de protección.

El mundo ha cambiado mucho, por cierto. En el momento en que la Convención del Mar se firma (1982) está en pleno apogeo el enfrentamiento entre el capitalismo y el bloque socialista soviético. Esa confrontación se refleja en la Conferencia del Mar donde hay Estados que propugnan la necesidad de que se forme una superempresa que algunos, incluso, llegaron a imaginar más poderosa que las propias Naciones Unidas. Y que tal empresa se dedicara sola a la explotación de los recursos minerales del mar. Estos formidables depósitos de nódulos minerales, que son como pequeños tubérculos de apariencia desdeñable, poseen una riqueza potencial mucho mayor que toda la que existe en la zona terrestre. Ello no es de extrañar cuando se recuerda que la tierra solo es el 30% del conjunto planetario. El 70% es agua.

En la Conferencia se luchó para que no se repita en el mar la historia de la tierra, la del saqueo de las riquezas, sino que hubiera una distribución racional y equitativa de esos grandes potenciales de los mares.

Claro que eso no se consigue simplemente con firmar convenciones, con textos jurídicos. Hay que defenderlo con una estrategia, con una política marítima, con la vocación marítima en movimiento, que no tenemos. Como sí la tienen otros países de escalas similares a la nuestra.

La debilidad colombiana en materia de pesca es enorme, cuando el país podría ser una potencia pesquera.

Deberíamos entrar dentro del nuevo juego de las alianzas de empresas conjuntas, con capitales y tecnologías de las que carecemos. Todo se podría orquestar en torno a una gran mística nacional que considere las fronteras marítimas en equivalencia con las fronteras terrestres, y se inserte adecuadamente en los esquemas integracionistas contemporáneos.

Las fronteras terrestres son el resultado de la creación de los Estados nacionales, de la unificación de los Estados nacionales, producida en Europa en la época moderna. Hubo otras fronteras anteriores ligadas a otras formas políticas y en nuestra América se identifican con la creación de nuestros estados. Aparecen contradicciones en América Latina, porque en este momento de transición histórica, frente a grandes fuerzas, ideas - fuerza, como la globalización, la regionalización, la fragmentación, encontramos también varios tipos de nacionalismo. No hay que condenar el nacionalismo a priori. Obviamente, no se pueden aceptar las desviaciones, las hipertrofias nacionalistas agresivas, belicosas. Sin embargo, existe en algunos la convicción profunda de que el eje de la historia va a seguir siendo en el próximo siglo, las naciones, a pesar de dicha globalización, y regionalización, del fraccionalismo. Quizá grandes síntesis de estas.

Jacques Delors, uno de los arquitectos de la Unión Europea explica admirablemente: Como nadie se enamora de un mercado, la gente se enamora de un proyecto político. No de una simple repartición de esferas de influencia económica, sino de algo más amplio, compartido.

La nación seguirá como eje histórico, como una vocación de cumplir determinados legados y hazañas que no pueden mensurarse solamente con la macroeconomía.

La economía es fundamental, sin ella no se puede acceder al rango de potencia en esta época, pero tiene que haber un proyecto nacional. Los proyectos nacionales no los pueden reemplazar ninguna construcción internacional o supranacional, de una manera absoluta.

Hasta ahora hemos vivido en una etapa internacional, entre naciones, a partir de la creación del Estado - Nación (siglo XVI aproximadamente). El centro de gravedad de la historia han sido las naciones. ¿Qué tanto van a dejar de serlo en el siglo XXI? Posteriormente va a haber una combinación de factores en torno a la globalización, la regionalización, el fraccionalismo, con el concepto de nación contemporánea.

El Estado - Nación surge en Europa en la mentalidad de pensadores como Jean Bodin que estructura la noción de soberanía nacional, extraña al Oriente. No la encontramos en las grandes civilizaciones Orientales, China, India, Persia ... Es una típica creación occidental. Un invento de Occidente, europeo. Y es esta etapa aún es, en estricto sentido, internacional, (por eso se habla del Derecho Internacional) los europeos se han adelantado a dar un paso fenomenal, que es el de construir a Europa. Centrados en el pensamiento de Robert Shuman cuando dijo, en las primeras épocas de la postguerra del 45, "No hemos hecho a Europa, hemos hecho la guerra". Nosotros en América Latina, podríamos exclamar: No hemos hecho a América, hemos hecho el subdesarrollo.

En América latina las guerras no son las determinantes de su destino, como lo han sido del destino de Europa.

Los europeos se dedicaron a construir una Europa que va saliendo de lo internacional para entrar en lo supranacional. El Estado nacional fue importado en América Latina como quien importa telas o fábricas, o tecnologías, con la Revolución de la Independencia, sin haber vivido todas las etapas intermedias que habían atravesado los europeos.

Pasamos de la modesta Edad Media que fue nuestra colonia a los estertores de la Revolución Francesa y a los más avanzados pensadores anglo - sajones.

En esta etapa, ¿Qué es lo que observamos? ¡Que paradoja! Los europeos que hacen las guerras, que primero construyen los Estados - Nación, inventan el nacionalismo, que llega a ser una especie de religión laica del siglo XIX; que ocasionaron la Segunda Guerra Mundial, como el nacional - socialismo alemán. La Europa Occidental trata de unificarse con la del Este, sin mostrar suficiente generosidad, por cierto, pero cerrando una escisión histórica. Por eso Gémerék decía: "Nos hemos encontrado con el sur", con el subdesarrollo, no con las puertas abiertas de Occidente que les habían prometido. En este proceso está pasando algo muy peculiar: Los últimos bastiones del viejo nacionalismo, parecerían ser los países Latinoamericanos. Del viejo nacionalismo, no del contemporáneo, del integracionista, del que plasma identidades que permiten tener una posición frente a la globalización que es un fenómeno de invasión sistemática, pacífica, invisible, imperceptible, cotidiana. A través de la revolución de las comunicaciones de la enseñanza de los transportes.

La gran paradoja de América Latina es que parecería ser el último bastión de los nacionalismos. Hemos sacralizado las fronteras para abandonarlas.

Si se observan las fronteras latinoamericanas nos damos cuenta de que son algo así como el subdesarrollo, en el desarrollo. Bolsones de resistencia al desarrollo. Están sistemáticamente abandonadas, pero eso sí, sacralizadas. Seguimos siendo los baluartes de un nacionalismo contradictorio, mientras que los europeos que inventaron el nacionalismo, están dando pasos hacia una organización integracionista, Van más allá de lo internacional para adentrarse en lo supranacional.

Pienso que frente al fenómeno de la globalización, que en algunos aspectos es sincrónico con el de la regionalización, se abre un campo nuevo para otro tipo de nacionalismo emancipado de los vicios, de las exageraciones, de la hipertrofia de los nacionalismos que llevaron a la guerra en Europa. El ejemplo más típico de hipertrofia es el nacionalismo alemán que desató la Segunda Guerra Mundial, pero no es el único, también en otros continentes ha habido nacionalismos agresivos, bélicos. Por cierto que en Latino América lo han sido menos. El fenómeno predominante al siglo XIX fueron las guerras "civiles", internas. La globalización es un fenómeno fáctico más que un fenómeno voluntario. Es la revolución de las comunicaciones, la instantaneidad de la información, lo que ha hecho inatajable la globalización una vez rota la bipolaridad, aunque venía de antes su proyección.

Desapareció el modelo o contramodelo socialista y solamente existe un modelo capitalista con variantes nacionales. Hay diferencias sensibles entre el modelo capitalista norteamericano y el japonés, o los europeos. El caso chino es muy especial, requiere análisis separado, se mantienen instituciones, métodos socialistas políticos pero en lo económico hay una aplicación peculiar del capitalismo, con algunas formas socialistas.

En reciente reunión de Amsterdam de la Unión Europea, hubo una gran polémica intraeuropea sobre cómo obtener un modelo, que sin incurrir en el estatismo asfixiante, la burocratización, le permita a sus Estados mantener la competitividad en un momento en que la competencia es realmente global y más que una decisión de Estados, la globalización ha sido fáctico, un hecho técnico - científico.

La gran clave consiste en convertir lo fáctico en una política deliberada que nos permita competir y defender una cierta identidad nacional que se necesita, que es indispensable, porque sin ella resulta muy difícil no diluirse en una globalización innominada, se arriesgan valores e identidades.

Un Estado intermedio como Colombia tiene que buscar una ubicación que proteja, que preserve ciertos legados nacionales, ciertas tradiciones respetables. En que se asienten los esfuerzos para participar en la toma mundial de mercados.

La vieja noción de la frontera - antagonismo, de la frontera - límite está, en cierto modo, superada por la integración. Pero cuando uno ve cómo subsisten los antagonismos nacionales en conflictos o en litigios como los que tenemos con Venezuela o con Nicaragua, lo último que se oye es una fórmula de integración. Es una falla de la integración latinoamericana, porque si la idea de la integración hubiera penetrado suficientemente en nuestras naciones, la solución de los conflictos sería de otra manera.

Seguimos mirando las fronteras con los ojos del siglo XIX, con los ojos de "Uti possidetis juris de 1810", que, en su momento fue lo mejor que pudo pasar, o sea que las fronteras continuaban tal como estaban en el momento de la desmembración del imperio español. Endosamos esa teoría, salvo los brasileños. El proceso brasileño se parece menos al proceso latinoamericano típico y más al proceso norteamericano en el que la Independencia constituye un momento de reunificación y de expansión. Mientras que en Hispanoamérica es un proceso de amurallamiento detrás del "Uti possidetis juris", que nos evitó guerras fue adoptado por la OUA para los países africanos cuando se descolonizaron en la segunda mitad de este siglo. Garantizó las fronteras nacionales pero sobrevino la parte de las guerras civiles, de los fraccionalismos y los caudillismos.

Para concluir, vale la pena retomar la idea principal del mar y las fronteras. Hay que hacer un gran esfuerzo para que los colombianos adquieran la noción de una frontera como punto de encuentro, de integración, tanto en la tierra como en el mar, planear una política marítima que nos permita ser una potencia marítima intermedia, aprovechar las riquezas de la pesca e incorporar las nuevas dimensiones de la explotación del mar.

Frente a Buenaventura por ejemplo, en el pacífico sub-desarrollado hay unos depósitos sin cuantificar, de nódulos polimetálicos. Pero como Colombia no tiene los capitales ni la tecnología para aprovecharlos, habría que pensar en una acción conjunta con los miembros de la Comisión del Pacífico Sur, con base en la ratificación de la Convención del Mar utilizar el sistema paralelo de explotación a través de la Empresa del Mar, con sede en Kingston, y en "Joint ventures" con capitales extranjeros. Todo dentro de una estrategia de conjunto. Así dejaríamos de seguir repitiendo que gozamos del privilegio de tener costa sobre los dos mares mientras que carecemos de una política marítima.

